

GREGORIO SALVADOR CAJA (1927-2020): *IN MEMORIAM*

TOMO CII · CUADERNO CCCXXV · ENERO-JUNIO DE 2022

EL escalafón de asistencias de la Real Academia Española que se cerró con fecha 31 de diciembre de 2020 lo encabezaba don Gregorio Salvador Caja con una cifra asombrosa: 2385. Era el número de sesiones en las que, desde 1987, había aportado su saber a esta institución el académico ejemplar que acababa de fallecer solo cinco días antes, el 26 de diciembre.

No era en ese momento el más antiguo de los miembros de la corporación, pero sí el más asiduo. Quienes tuvimos el privilegio de compartir comisión con él no nos hemos acostumbrado, un año después, a su ausencia.

Don Gregorio prestó inestimables servicios a la Real Academia Española: fue Bibliotecario de ella de 1990 a 1998, Vicedirector entre 1999 y 2007 y perteneció hasta el final de sus días a la Comisión Delegada del Pleno y para el Diccionario. Junto a don Emilio Lorenzo y don Valentín García Yebra dirigió los trabajos preparatorios de la 21.^a edición, publicada en 1992. Ocupó la presidencia de la Asociación de Academias de la Lengua Española entre ese año y 1998. Fue el primer director de la Escuela de Lexicografía Hispánica, desde su creación hasta 2008.

Su labor científica fue reconocida con varios doctorados honoris causa y multitud de premios y distinciones, en cuya enumeración no me detendré pues no querría aproximar esta semblanza a la frialdad de un currículum.

Nacido en Cúllar (provincia de Granada) en 1927, con Gregorio Salvador desaparece uno de los más destacados estudiosos de la lengua española de una época que los ha tenido eminentes. Como tantos maestros de esa generación, comenzó siendo catedrático de instituto, para serlo después de universidad, sucesivamente en las de La Laguna, Granada, Autónoma de Madrid y Complutense.

Siempre se mostró orgulloso de que el arranque de su carrera docente se hubiera producido en las aulas de un instituto de Enseñanza Media. Como

catedrático, claro está, de Lengua y Literatura Españolas (hoy «Castellanas»). Eran, definitivamente, otros tiempos. Pues ¿cuántos profesores universitarios del área de Lengua habrá hoy capaces de escribir trabajos tan iluminadores como los que Salvador dedicaría a *Cien años de soledad*, a Meléndez Valdés, a Unamuno, a Machado, a Juan Ramón, a Lorca o a Delibes?

Viene aquí necesariamente al recuerdo un delicioso artículo suyo, el titulado «La vida de Mr. Parsons». En el que cuenta que, cuando ya ejercía en institutos, pasó un semestre como profesor visitante en la Universidad de Maryland. Cierta día, un profesor del departamento, el Mr. Parsons del título, sufrió un amago de infarto. Se negaba a ser trasladado a un hospital porque de doce a una tenía que explicar el *Lazarillo de Tormes* a un grupo de clase. La angustiada situación la resolvió Gregorio con determinación. Pidió un ejemplar del *Lazarillo*, le aseguró a Mr. Parsons que podía marcharse tranquilo, porque él lo sustituiría, y ya con esto el pundonoroso docente se dejó conducir al hospital de Bethesda, donde poco después le sobrevino el ataque fuerte, el infarto verdadero, al que sobrevivió gracias a que allí pudo recibir las oportunas asistencias. Pues bien: «Si yo no hubiese sido catedrático de instituto –termina don Gregorio su relato–, si yo no me hubiese tenido que estudiar a fondo el *Lazarillo*..., que era uno de los 142 temas que nos pusieron para la oposición que he dicho, no habría podido impedir que Mr. Parsons cumpliera con su deber, que entrara en el aula 24 y muriera minutos más tarde con la novela en la mano y a vueltas con el problema de su desconocido autor». Página esta, por cierto, que nos muestra de paso las dotes narrativas del académico desaparecido, que darían más adelante los frutos a los que luego me referiré.

En el terreno de la dialectología y la geografía lingüística siguió Salvador los pasos de don Manuel Alvar, que dirigió su tesis doctoral (*El habla de Cúllar-Baza*) y de quien fue eficaz colaborador en el *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Andalucía*. Después, y especialmente –aunque no solo– en su etapa tinerfeña, fue el introductor en nuestro país de los métodos de la semántica estructural, lo que ha permitido hablar de una Escuela de Semántica de La Laguna por él encabezada. En una sesión del I Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española, en 1987, hizo balance de los frutos que había dado en España la introducción de los métodos que Eugenio Coseriu había delineado en el célebre, seminal trabajo de 1964 «Pour une sémantique diachroni-

que estructural». Los fundamentales estudios que en ese terreno salieron de la pluma de Gregorio Salvador están reunidos en el volumen *Semántica y lexicología del español* (1984).

Elegido académico de la Española en 1986, leyó su discurso de ingreso el 15 de febrero del año siguiente, y lo hizo de forma originalísima. Como bien se sabe, es rito obligado en tales solemnidades que el recipiendario dedique una parte del discurso a hacer un elogio de su antecesor. En el caso de don Gregorio se daba la circunstancia de que iba a ocupar una silla de nueva creación, por lo que no tenía posibilidad de elogiar a nadie. En vista de lo cual optó por convertir el entero discurso en un elogio —e historia— precisamente de la letra que le había caído en suerte, la *q* minúscula. La disertación, *Sobre la letra «q»*, fue el germen de un libro, *Historia de las letras*, aparecido diez años después y hecho en colaboración con su discípulo el malogrado Juan Ramón Lodares.

«Mi compañero de letra», llamó él hace años a quien entonces ocupaba la silla Q mayúscula. Que con el tiempo fue a parar a quien les habla, o acaso más bien yo a ella. Si la grandeza y la pequeñez de las integrantes de ambas series del alfabeto no fuera detalle meramente convencional y carente de toda significación figurada, bien podría decirse que en lo relativo a esa letra por lo demás tan menesterosa —pues necesita siempre del auxilio de la *u*— el reparto de tamaños era fruto de un trueque clamorosamente errado. Pues el grande, el lingüista mayúsculo, era él. El caso es que tras su pérdida no solo me he quedado sin «compañero de letra», sino sobre todo —ya que de menesterosidades hablamos— sin un maestro admiradísimo, y, por benevolencia suya, me atrevo a decir que sin un gran amigo.

Don Gregorio Salvador era un verdadero maestro de la prosa, dueño del esquivo secreto necesario para hacer que sus escritos, incluso los más marcadamente técnicos, estuvieran tocados, gracias a la galanura del estilo y a tal cual toque de humor, con la virtud envidiable de la amenidad. Lo que vale también, desde luego, para el arte de la conferencia. Todos cuantos tuvieran el privilegio de asistir a alguna suya asentarán a lo que digo. Eran piezas absolutamente redondas del arte de la palabra bien escrita y bien dicha.

Pero la faceta que más asiduamente puso en contacto al público no especializado con don Gregorio Salvador fue la de articulista en periódicos. Como tal, el académico desaparecido abordó con brío polémico, y en mi sentir con

deslumbrante lucidez, asuntos esenciales de la política lingüística en España y la convivencia de lenguas en su territorio.

La clave del asunto, la que late en los admirables artículos y conferencias que fue recogiendo en unos cuantos libros imprescindibles, es el esfuerzo por contrarrestar lo que el autor llamó «infidelidad lingüística» hacia el idioma de todos: la difusa y acomplexada sensación de que, en la España del posfranquismo, el castellano o español había de purgar no se sabe qué «pecados» inherentes, justamente, a su condición de lengua común de los españoles.

Uno de esos libros se titula *Política lingüística y sentido común*, un enunciado que, en su simplicidad, lo dice y resume todo: sentido común a raudales, nada más –y nada menos– es lo que pedía don Gregorio. En otro volumen, *Lengua española y lenguas de España*, alcanza su cumbre el brío con que abordaba cuestión tan batallona. Por ejemplo, en estas líneas que no me resisto a leerles:

Es mucha lengua el español para que puedan conmoverla rencores mezquinos, planificaciones lesivas, pruritos epidérmicos, arañazos laterales, defecaciones grotescas, comportamientos desatentos o fantasías comarcales. Creo que siempre, afortunadamente, en la inmensa mayoría de los usuarios de un idioma predomina el buen sentido y, como cada idioma es el uso que de él se haga, el sentido común acaba siempre por imponerse. Poseemos la única lengua que acaso sirva todavía para andar por el mundo sin tener necesariamente que aprender inglés [...]. Y ese es un bien que nadie que lo posea puede, cuerdamente, considerarlo enajenable.

Carácter más misceláneo que las dos mencionadas tienen las recopilaciones *Un mundo con libros*, *Noticias del reino de Cervantes* –(con el subtítulo *Usos y abusos del español actual*)– y *Estar a la que salte*. El título de otra, *El destrozo educativo*, con prólogo de nuestro compañero Antonio Muñoz Molina, es tan transparente que no requiere glosa. Y aún hay otra más en que el académico a quien hoy recordamos rindió tributo a otra pasión suya, la balompedica: es el librito titulado *El fútbol y la vida*. Pues que también en las páginas del diario *Marca* apareció ocasionalmente su firma.

En fin, habrá que seguir volviendo una y otra vez, y más desde que no lo tenemos ya con nosotros, a los escritos de don Gregorio Salvador. Quien, curiosamente, se negó con tenacidad a que se le dedicara un homenaje aca-

démico. Aunque los libros de ese carácter procuran hacerse sigilosamente, con la intención loable de que su aparición sea una sorpresa para el homenajeado, lo cierto es que ello muy rara vez se consigue. En cualquier caso, don Gregorio Salvador ya tenía bien advertido a discípulos y amigos que no quería en absoluto ser objeto de homenaje alguno, y, aun mereciéndolo tanto, se salió con la suya. Pues bien, como una de las utilidades de tales *Festschriften* sea la de proveer a los estudiosos de una bibliografía completa del destinatario, existía el peligro de que la firme determinación de don Gregorio nos dejara sin el censo bibliográfico de su entera producción. Afortunadamente, ello no ha ocurrido, pues disponemos, gracias al número 17 de nuestro *BILRAE*, de la «Breve semblanza y bibliografía de Gregorio Salvador Caja» que Pilar García Mouton ha publicado en él.

Repasar esa copiosa bibliografía trae al recuerdo trabajos originalísimos de don Gregorio Salvador. Así, el que propone una hipótesis geológica –y estoy por decir odontológica– para la pérdida castellana de la *f* latina. O la conferencia en que, lejos del remilgo escandalizado, celebró que los llamados culebrones contribuyeran positivamente a la cohesión lingüística de la comunidad hispanohablante. O el delicioso artículo de *ABC* en que, al comentar las columnas periodísticas de la académica peruana Martha Hildebrandt, celebró la anchísima geografía de nuestro idioma evocando el modismo «como de aquí a Lima».

A todos los supera en originalidad, sin embargo, el artículo de 1978 «La fonética de Franco». Sí, ese era el tema y el título de un trabajo que, aun siendo impecablemente científico, hubiera sido impensable tres años antes. Cuando murió el dictador se editaron tres discos de larga duración que recogían diversas intervenciones oratorias suyas desde el 18 de abril de 1937 hasta el 1 de octubre de 1975. Salvador los estudió con el rigor del consumado especialista que era, hizo transcripción fonética de un fragmento, constató que las peculiaridades que en el discurso hablado del general se detectan «corresponden a las de un castellanohablante gallego que adquirió su pronunciación durante su niñez ferrolana y que ni la marcha a la Academia Militar, en plena adolescencia, ni los avatares posteriores de su vida fueron capaces de influirla ni alterarla». Franco, concluye Gregorio Salvador, «tampoco cambió su fonética», aquella elocución aflautada que tantos imitadores cosechó.

Un artículo reciente del profesor Antonio Narbona, académico correspondiente de esta Casa por Andalucía, me ha traído al recuerdo algo que revela la profunda honradez intelectual de don Gregorio Salvador. En un trabajo de 1963, «La fonética andaluza y su propagación social y geográfica», sostuvo que la difusión del andaluz era incontenible y llegó a vaticinar que se extendería por toda la Península, alcanzando, a la vuelta de doscientos o trescientos años, la costa cantábrica, con lo que la pronunciación del castellano quedaría convertida en una reliquia solo rastreable por los dialectólogos en tal cual escondido valle de montaña. Y el autor —sigo refiriéndome a don Gregorio— no solo no lamentaba que tal posibilidad llegara a materializarse, sino que hasta se felicitaba por ello, en vista, decía, de «la mayor unidad y proximidad fónica con las hablas de América que esto habría de representar».

Pues bien —y aquí viene lo insólito—, al incluir ese trabajo en un libro que aparecería en 1987, sus *Estudios dialectológicos*, Salvador tuvo la decencia de no excluir el artículo en que había hecho la aventuradísima profecía, ni —casi un cuarto de siglo después— mutilarlo, alterarlo o maquillarlo a su conveniencia. Lo reprodujo tal cual, añadiéndole, eso sí, una apostilla en la que reconocía que lo de «la mayor unidad y proximidad fónica con las hablas de América» había sido —cito sus palabras textuales— «una notable estupidez», denotadora de «una considerable ignorancia de las hablas de América y de la firmeza del llamado “español castellano” en las tierras interiores de aquel continente». No creo haber leído nunca una palinodia tan descarnada como esta, tan sin paliativo alguno, tan sin paños calientes. *Rarissima avis*, nuestro don Gregorio. Chapó (pronunciado con africada y escrito con ó, como nuestro diccionario prefiere).

En lo relativo a la política lingüística de España me parece que el académico fallecido acusaba cansancio y desánimo en los últimos años. Aún nos dejó, sin embargo, un a modo de testamento admirable, el artículo «Lenguas, territorios y hablantes» que a petición de Fernando Savater escribió para un número de *Claves de Razón Práctica*. Reconoce en él llevar unos años callado, «acaso harto de tanta estulticia política, de tanta condescendencia dolosa, de tanta arbitrariedad consentida», y sostiene una vez más con rotundidad que ni los territorios ni las lenguas tienen derechos. «Son objetos de derecho, no sujetos; los sujetos de derechos son las gentes que los habitan, las personas que las hablan». Se arriesga a lamentar que la babelización haya pasado de

ser tenida como una maldición divina a considerarse una bendición cultural. Y, como casi siempre, desliza algún toque de suave humor. Refiriéndose al concepto de sesquilingüismo, esto es, al peculiar bilingüismo en que el individuo solo se expresa con fluidez en una de las dos lenguas pero entiende perfectamente la otra, apunta: «Yo he conocido matrimonios sesquilingües, que se han pasado años y años hablando cada cónyuge su propia lengua y no entendiéndose peor que muchas parejas que sí hablan la misma».

En fin, ya, también, en edad madura –y no es caso único entre filólogos– Gregorio Salvador se nos reveló como narrador con oficio en una novela, *El eje del compás* –cuyo protagonista tiene bastante de *alter ego* suyo–, y en los volúmenes *Casualidades. Cuentos y relatos* y *Nocturno londinense y otros relatos*. Fue el broche literario, menos inesperado de lo que a primera vista pudiera parecer, de una vida fecunda volcada en la palabra.

Rindamos, con nuestro recuerdo, perdurable homenaje a quien no quiso homenajes.

PEDRO ÁLVAREZ DE MIRANDA
Real Academia Española

